

dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo placiendo a nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V.A. para que aprendan a hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide; salvo papagayos en esta isla".

En su carta, Colón echa a circular algunos errores, leyendas y, con reminiscencias literarias, asimila viejos mitos occidentales. Lanza por ejemplo, la especie del "Ruiñeñor de Indias", tan grata luego a los poetas⁵, y la de la existencia de hombres con cola. Aplica correlaciones del mito de las Amazonas al informar: "Ciertas mujeres habitan solas en la Isla Manténin. . . No se dedican a labor propia de su sexo, pues usan armas y dardos y se ponen por defensa láminas de cobre. . ." Puntualizando, en otro pasaje, que estas mujeres sólo se unen a feroces guerreros, de hábitos caníbales y largas cabelleras, que despiertan un miedo incalculable al resto del sexo femenino"⁶

La rendición de cuentas de los astronautas supone refirmación de confianza en la ciencia, reclamo financiero y pocas esperanzas de posibles beneficios económicos que provengan de la conquista lunar. La de Colón, comprensiblemente, se cierra con una acción de gracias: "Así pues el Rey y la Reina, los Príncipes, y sus reinos felicísimos como toda la Cristiandad tributan a Nuestro Salvador Jesucristo que nos concedió tal victoria y prósperos sucesos.

Celébrese procesiones, háganse fiestas solemnes: llénense los templos de ramas y flores; gócese Cristo en la tierra cual se regocija en los cielos, al ver próxima la salvación de tantos pueblos, entregados hasta ahora a la perdición. Regocijémonos, así por la exaltación de nuestra fe como por el aumento de bienes temporales, de los cuales no sólo habrá de participar la España sino toda la Cristiandad".⁷

Dejando de lado los respectivos contenidos, las distintas reacciones ante lo nunca visto que de un modo u otro expresan tanto los testimonios de los viajeros lunares como los de Colón; dichas piezas, al convertirse en documentos, se han mancomunado en especial significación: con ambos arranca una nueva era; sientan el comienzo de otra faz de la Historia. Son igualmente augurales: ambos abren nuevos mundos.

La unificación lingüística del castellano

Arturo Berenguer Carisomo *

El próximo octubre de 1992 toda Iberoamérica celebrará, Dios mediante, los quinientos años de un acontecimiento que, como decía el cronista de Indias Francisco de Gómara, había sido el más trascendente en la historia del hombre después de la creación del mundo y de la encarnación y muerte del que lo creó: el descubrimiento de América.

I - La unificación

Tal acontecimiento fue en su punto de partida -aquel 3 de agosto de 1492 en que zarparon de Palos las tres carabelas colombinas- una genial empresa promovida por el reino de Castilla luego de haber logrado como poderoso estimulante la unidad política, religiosa y lingüística de casi toda la península.

La primera, en 1474, cuando el poderoso Aragón se une a Castilla con evidente predominio de ésta sobre aquél, porque si bien Fernando, el *astuto re*, como lo calificaba Maquiavelo, era un político sagaz y nada torpe en el teje-maneje diplomático de Europa, su mujer, era de inteligencia más clara e intuitiva, decisión más firme y un poder de persuasión finísimo y agudo; con razón afirmaba Julián de Medicis el Magnífico que el aragonés había recibido con ella dote no menos valioso que el mismo reino de Castilla. La unidad política estaba consumada y de hecho -aún conservando algunos fueros y privilegios- sometidos al predominio castellano los viejos territorios independientes: el antiguo reino leonés que abarcaba Galicia, Oviedo y Asturias, y, por el este peninsular, los condados de la llamada Marca Hispánica.

Quedaba pendiente la unidad religiosa no alcanzada en ocho siglos, desde el 710 en el que los árabes invadieron al cristianizado pueblo visigodo; es cierto que unos cincuenta años después de las Navas de Tolosa -1212- en que una coalición de castellanos, navarros y aragoneses les infligieron una aplastante derrota y por conquistas posteriores -Toledo, Sevilla, etc.- los musulmanes habían quedado confinados y reducidos al reino de Granada donde el 2 de enero de 1492 entraban triunfantes los Reyes Católicos.

Quedaba lograda la unidad religiosa en razón de que la flotante población *morisca* de árabes supuestamente conversos si podían significar una amenaza latente no disponían de coherencia política ni de culto ostensible; se man-

* Ex-Director de la Escuela de Letras de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.

⁵ Op. cit.: pág. 175: "Cantaban el ruiñeñor y otras varias e innumerables aves, y cantaban en el mes de noviembre, que era el tiempo en que yo registraba país tan delicioso".

⁶ Loc. cit.: pág. 179.

⁷ Loc. cit.: pág. 181.

tuvieron así, a la sordina, sincera o falsamente cristianizados, hasta su extrañamiento en el 1609.

II - Nacimiento de un reino

La robusta lengua castellana, hoy hablada y escrita por más de ciento cincuenta millones de hombres, fue en sus balbucos un modesto dialecto, un *romance* de origen latinogermano con fuerte influjo de la lengua árabe-judáica -el *mozárabe* de la población cristiana arabizada- y una presión del habla leonesa por el oeste y de la navarro-aragonesa por la zona de Levante.

Castilla, en sus orígenes, sólo fue una avanzada castrense de los reinos vecinos, sobre todo del leonés, como frontera de *castiellos*, primera barbacana contra los embates musulmanes; tierra llana y dura, de gentes sufridas, laboriosas, prudentes, de enérgico espíritu guerrero.

Mediando el siglo X, el famoso conde Fernán González, personaje entre histórico y legendario, muy esculpido por la fantasía juglaresca, forjó el condado de Castilla relativamente independiente de León, traza política fundamental que dio a los castellanos la posibilidad de dar comienzo a su propia autonomía; más ya, en el 1063, cuando el rey de León Fernando I, al repartir sus dominios entre los hijos, adjudicó Castilla al primogénito Sancho II, llamado el Fuerte, hombre turbulento, ambicioso y audaz, puede decirse que el condado, el antiguo cerco defensivo del reino leonés, había alcanzado su independencia como punto clave de las luchas que siguieron entre los hermanos herederos de la partición; independencia que, veinte años después, fue confirmada por Alfonso VI -el de la jura de Santa Gadea y señor del Cid- hermano de Sancho y rey de Castilla, en el 1085, al reconquistar el importante reino moro de Toledo.

III - El "dialecto" castellano

Ya dejamos apuntado cómo, hacia el siglo XI, se manejaba Castilla con un "dialecto" presionado por otros tres que lo cercaban: el leonés, el navarro-aragonés y el mozárabe.

Los dos primeros se caracterizaban por una tendencia tradicional y arcaizante con dejos del latín vulgar que, como es sabido, constituye el sustrato de las lenguas romances; así, en León, este *sermo rusticus* mantenía, en lo morfológico, vestigios de las declinaciones, de la conjugación pasiva. Fonéticamente conservaban ante *e* y *i* átonas la *g* - *j* iniciales: *genesta*, *germanu*, *jenuario*, *yermano*, *ienesta*; lo mismo la labiodental *f* a principio de término: *farina*, *fillo*; en los grupos *kt* *lacte*, *factu* diptongaban el fonema *k* manteniendo la *t* *leibe*, *feito* o sonorizaban las consonantes sordas: *proprio* > *probrio*, *aedificare* > *edivigare*. En cuanto al vocabulario lo frecuente era deturpar los términos del

sermo rusticus: *regis* > *reis*, *remedium* > *remeum*, *altariu* > *autario*. En suma, y para no abundar en más ejemplos, un latín vulgar romancado fluctuante e impreciso el cual, por carecer de un lenguaje escrito¹, quedaba librado a las sinuosidades fonéticas y a las espontáneas deformaciones del habla corriente; así, en León, la citada voz latina *altariu* daba *autario*, *autairo*, *auteiro*, *outeiro*, *oterio*, *oteiro*, *autero* y hasta soluciones anticipadas como *otero*.²

Desde luego estas formas con sus naturales variantes eran características de todas las derivaciones del *sermo rusticus* influido por sustratos como, por ejemplo, el vasco o mediatizado, en la península, por el largo dominio germano-visigótico y la consecuente presencia durante ocho siglos del Islam. Sólo el "dialecto" castellano manifestó desde el primer momento rasgos diferentes y muy seguros en su proceso de estructuración.

Castilla supo gobernarse a sí misma con absoluta personalidad e independencia; jurídicamente legislaba de acuerdo con sus costumbres -albedríos- sin atenerse al *Fuero Juzgo*, la versión en castellano, leonés y gallego del *Liber Iudiciorum* el antiguo código visigodo, esporádicamente aplicado por los reyes de Castilla como fuero municipal a zonas recobradas a los musulmanes. Se dio pronto un repertorio de narraciones épicas -condes de Castilla, Siete infantes de Lara- de sostenido arraigo popular y trató de hacer evolucionar su "dialecto" hacia formas avanzadas sin la pesadumbre arcaizante de los demás. *Castilla* - escribe Lapesa en un brioso y contundente párrafo- *levantisca y ambiciosa en su política, revolucionaria en el derecho, heroica en su epopeya, es la región más innovadora en el lenguaje. Y así como su prodigiosa vitalidad la destinaba a ser el eje de las empresas nacionales, su dialecto habría de erigirse en la lengua de toda la comunidad hispánica*³.

Redujo los diptongos *ai* > *e*, *au* > *o*, y las consonantes oclusivas *mb* a > *m*, así dio de *carraira* > *carrera*, de *auro* > *oro*, de *palomba* > *paloma*; pasó de la *f* inicial a la *h* aspirada que pronto quedaría en la *h* muda de nuestra fonación actual; de *Foxa* > *hoja*, de *fijo* > *hijo*, de *foz* > *hoz*; se apartaba del galaico-portugués, el catalán y el mozárabe al diptongar en *ué* - *ié* en voces como *puerta*, *suelo*, *piedra* o *tierra*; por efecto de la *yod* que impide la diptongación de las vocales abiertas *e* y *o* redujo las formas del leonés y aragonés a *tengo*, *sea*, *noche*, *ojo*, *hoja*; la consonante palatal fricativa *ll* en voces como *llamar*, *llover*, *llama* sustituyeron a los fonemas arcaicos del aragonés que decían: *clamar*,

¹ Desde el siglo X tenemos las anotaciones a las *Glosas Emilianenses* del monasterio de San Millán de la Cogolla en La Rioja y las del de Silos en la zona burgalesa escritas, con algunos castellanismos, en dialecto navarro-aragonés; se trata de simples apostillas a palabras y frases cuyo significado era dudoso para los monjes. Este remoto y tembloroso antecedente dio motivo a que, en 1977, se celebrara en Hispanoamérica el milenario de nuestra lengua.

² Confr. Rafael Lapesa: *Historia de la lengua española* (Edic. "Escelicer" - Madrid, Buenos Aires, Cádiz - 1942 - Cap. VI - Pág. 93).

³ Op. cit. Cap. VII - Pág. 99.

plourer, flama o a los leonesismos: *chamar, chouvir, chama*; para concluir, recordemos que oscilantes e inseguros en otros dialectos: *orella, ourella, vello, viello, muller* se resolvieron muy pronto en castellano por los sonidos y grafías actuales *oreja, viejo y mujer*.

Por estos sumarios ejemplos, que podrían extenderse a otros muchos, se atestigua cómo Castilla encontró un camino firme y decisivo en la plasmación inicial de su lengua.

IV - Centurias de afirmación - Siglos XII al XIV

Este dialecto castellano en franca evolución, decidido y renovador, fue, como señaló Menéndez Pidal, una especie de cuña clavada en la masa lingüística lenta y retardataria que formaban el astur-leonés al oeste y el navarro-aragonés al este unidos con el mozárabe que en muchos aspectos les era muy similar.

A partir de fines del siglo XI y comienzos del XII, las invasiones a los almorávides y avasallando a éstos la de los berberiscos almohades, el mozárabe se fue extinguiendo en la península, y la enérgica Castilla, en ocasiones coligada a otros reinos -tal el caso de las citadas Navas de Tolosa- avanzó poderosamente en la reconquista cristiana de los territorios musulmanes; con estas victorias la cuña del castellano fue reduciendo los otros dialectos hasta castellanizar prácticamente todo el territorio español desde el XIV en adelante.

Durante este largo período de tres siglos los rasgos lingüísticos más acusados en el habla de Castilla son, en muy apretada síntesis, los siguientes: el influjo de la lengua francesa debido a la corriente de peregrinos que siguiendo el famoso *camino de Santiago* -hecho capital en lo socio-económico y cultural de la península- venía a venerar la tumba del Apóstol, estimulados por los monjes de Cluny, en Santiago de Compostela; así se incorporan términos como: *repaire, linaje, doncel, palafre, homenaje, deleyt, vergel, pitanza, mesón, manjar, fraire, monje, deán*, etc., muchos, como se ve, todavía vigentes. En la lengua de los siglos XII y XIII persiste una fonética insegura, así el pretérito del verbo *facere* > *feci* flexionaba en ocho formas distintas: *fezist, fiziste, feziste, fizist, fezist, fizieste, feziste y feziese*⁴. Parecida irregularidad en la morfología, por ejemplo, el uso inseguro entre artículos y pronombres, y en la sintaxis, que tendía más a dar a la frase un impresionismo emotivo que al orden lógico y riguroso de la oración.

Pero sin duda el hecho más trascendente es, desde los siglos XII al XIII, la existencia de un castellano escrito con finalidad artística en los dos *mesteres* que lo representan: el de *juglaría* y el de *clerecía*. La naturaleza épica del primero y la religiosa del segundo, su estructura poética, sus valores estéticos

⁴ Lapesa - Op. cit. Cap. VIII - Pág. 116.

cos son testimonio fehaciente de la plenitud alcanzada por el viejo "dialecto" aunque, como no podía ser de otro modo, lingüísticamente los textos acrediten todavía las vacilaciones y dudas fonéticas, morfológicas y sintácticas ya señaladas de la lengua oral, circunstancia que en modo alguno obstaculiza la ruda belleza en ocasiones muy elevada -*Cantar de Mio Cid*, Gonzalo de Berceo- de su peculiarísimo estilo.⁵

El verso -es norma casi constante- se adelanta a la prosa; este fenómeno se repitió en la evolución del castellano: su prosa escrita, y ya casi madura, no adquirió esta plenitud hasta el siglo XIII durante el reinado de Alfonso X el Sabio desarrollado entre los años 1252 y 1284. La obra monumental de este monarca quien reunió en su corte a sabios cristianos, moros y judíos, sin distinciones religiosas, expertos en las lenguas cultas de entonces: latín, árabe y hebreo, abarca una extensa enciclopedia de índole jurídica, histórica y científica.

Para dar cima a esta magna empresa era indispensable una lengua, una prosa, depurada, técnica y coherente, y fue el propio rey quien se abocó personalmente a darle al castellano esos niveles en los terrenos de la sintaxis y el léxico tal como se lee en un contexto, que se ha hecho célebre, de su *Libro de la Octava Esfera*: *tolló las razones que entendió eran sobejanas et dobladas et que non eran en castellano derecho, et puso otras que entendió que complían; et quanto en el lenguaje endereçolo él por sise*. Tarea fundamental de su propia mano que cimentó las bases de nuestra prosa puede afirmarse que casi en forma definitiva.

Durante el XIV, esta prosa, que en los textos alfonsíes está naturalmente ajustada a sus propósitos legislativos y didácticos, bien que en ella no falten rasgos de singular elegancia, adquirió un buscado refinamiento en la obra literaria del sobrino de Alfonso X, el Infante don Juan Manuel (1282-1348) a quien puede y debe considerarse el primer escritor castellano preocupado por la calidad y fidelidad de su estilística.

Toda la poesía de este siglo, opinaba Menéndez y Pelayo, se concentra en una sola producción: el famoso *Libro de Buen Amor* de Juan Ruíz el Arcipreste de Hita, una de las últimas manifestaciones métricas del verso alejandrino con el que redactaba *a sílabas cunctadas el mester de clerecía*, ya muy desfigurado: alternancias en la rigurosa medida de siete más siete sílabas, u otras experiencias, por ejemplo el uso del *zéjel* árabe, para soluciones de versificación.

Sin duda los textos alfonsíes ofrecen todavía vacilaciones; aunque el

⁵ No entramos en el problema de las *jaryas* andalusíes de fines del siglo XI, y aun anteriores, que, escritas en lengua árabe popular, ofrecen en su composición algunos términos castellanos: sustantivos: *Corachon, dolor, enfermo*; curiosas formas verbales con pronombre: *ferayu* > *haré yo, vivrayu* > *viviré yo*; verbos como *vayse, tornarad, sanarad*; pronombres: *mib, me, él*; adverbios de modo y tiempo: *com, cuando*. Estas coplitas, que se hallaron y estudian desde 1948, han hecho crecer en un siglo o, acaso más, la lengua literaria escrita castellana.

castellano aceptado era el de Burgos con ciertos matices toledanos, quedan aún como resabios de los otros dialectos: la elisión de la *e* final en voces como *trist*, *quebrantest*, *recib* o fusión de palabras: *qemblo* > *que me lo*, que en posteriores redacciones -la obra del rey Sabio la continuaron sus herederos- se fueron regularizando. Por su parte, la organización sintáctica adquiere mucha mayor claridad si bien para ligar períodos u oraciones continúa el abundante expediente de hacerlo mediante la copulativa latina *et*. Lo realmente notables son los recursos de la semántica variada, rica, expresiva, y la singular destreza para adaptar términos latinos y árabes a una terminología jurídica, histórica y científica, exigida por la índole de los textos, a la naturaleza del romance castellano. En este sentido, resulta verdaderamente apasionante ir comprobando el esfuerzo, la inteligencia y la cultura lingüística con que se alcanzaban esas adaptaciones.

La prosa castellana, ya plasmada definitivamente, da un paso gigante con la de don Juan Manuel: si todavía persisten las reiteraciones de la conjunción para la trabazón oracional, el período del Infante es mucho más suelto y por momentos de gallarda andadura y esto, lo repetimos, porque se trata del primer escritor preocupado por una verdadera voluntad de estilo: *sabed* -escribe- *que todas las razones son dichas por muy buenas palabras et por los más fermosos "latines"* o sea por las "formas" más bellas.

Con relación al *Libro de Buen Amor* el vasto mundo de tipos y costumbres acumulado en su inmenso cuadro permite al andariego Arcipreste el manejo de un riquísimo vocabulario, incluso, en ocasiones, de fuerte tinte popular: locuciones, modismos, refranes, uso de diminutivos, abigarrada muestra de expresiones cultas y rústicas: *yot* > *yo te*, *dam* > *dame*, *sim* > *si me*, que lo convierten en un riquísimo venero de lo que era nuestra lengua en aquel tiempo preliminar de los grandes acontecimientos ⁶.

V - La centuria prodigiosa

El siglo XV, como todo período histórico de transición en el que se van a experimentar cambios radicales, fue al mismo tiempo luminoso, violento, caótico y extraordinariamente rico en creaciones de insospechada novedad. Hacían crisis todos los valores entendidos de la Edad Media, en su *otoño* como ha dicho Huizinga. El fragmentario régimen feudal se resolvía en las grandes

⁶ El *Poema de Alfonso Onceno* -anónimo, quizá de la primera mitad del XIV, última expresión del *mester de clerecía*- todavía da muestras de frecuentes leonesismos; en cuanto al aragonés, unida Aragón a Cataluña desde el siglo XII -1163- era natural que reino, el más poderoso después de Castilla, y Condado, aquél con su arraigado dialectalismo y éste con el que Amado Alonso calificó de *subagrupación románica* -es decir casi una lengua independiente- fueran los más renitentes a la absorción del castellano. Cataluña, con razón orgullosa de su rica literatura regional, lo sigue siendo. Algo bastante similar ocurre con Galicia.

nacionalidades -España una de las primeras-; la estrategia castrense se transformaba con la unificación de las fuerzas bajo comandos centralizados -el rey Fernando, por ejemplo, se adueñó del maestrazgo de todas las otroras poderosas *órdenes militares*- y con la temible aparición de las armas de fuego; sobre la base del saber científico árabe en las famosas escuelas de Córdoba y Toledo, hubo notables avances en medicina: Nicolo Leoniceno en Ferrara y, en Inglaterra, Tomás de Linacre fueron los precursores de figuras tan notables en este campo como Paracelso o Andrés Vasalio; en el mismo orden, superando la alquimia medieval, se alcanzaron progresos en la química y no menores en las ciencias físico-matemáticas, la cartografía y el arte de navegar lo que permitió ensanchar prodigiosamente los límites del ecúmene hasta entonces conocido, y con ello toda la estructura económica y mercantil de los siglos precedentes; para terminar este sumario panorama, el hecho trascendental de la invención de la imprenta facilitó y, sobre todo, divulgó el placer y el formidable influjo de la lectura operando una revolución en la ciencia y en la creación literaria.

La novísima cultura italiana al restaurar la antigüedad greco-latina por obra de sus máximos y extraordinarios representantes -Alberti, Petrarca, Boccaccio- o la de los grandes humanistas: Marsili, Salutati, Valla, Tolentino, etc., quienes, si reverenciaban y manejaban las lenguas sabias de Grecia o el Lacio, tampoco dejaron de apreciar al vulgar romance toscano en el que Dante había escrito su *Commedia* y al que no se fatigaron de analizar y propagar cancelando mediante este ardoroso y fecundo movimiento las letras medievales para abrir toda una nueva perspectiva; como dice Karl Vossler: *los principios de la literatura moderna universal datan de la época de los humanistas italianos*.⁷

Resultaba pues natural que toda Europa conmocionada por este cambio esencial de valores (situación tan similar a la que ha sufrido por crisis de otros valores nuestro siglo XX) viviera en un estado de angustia, esperanzas y dudas; una mezcla inquietante y heterogénea de realizaciones sorprendentes paralelo a un proceso ético-social de violencia y desviaciones extremas.

No podía España -Castilla y Aragón- permanecer ajena al sismo. La implantación en ambos reinos de la dinastía de los Trastámara desde que el bastardo Enrique II diera muerte a su hermano Pedro I el Cruel en 1369 cambió todo el sentido de la orientación política; es un proceso que iniciarán los reyes de esa casa castellanos durante el siglo XIV, de Enrique II a Enrique III, entre 1369, y 1406, y con decidida intensidad los del XV: Juan II, Enrique IV e Isabel la Católica. Con Juan II, más dado a las artes y a los saraos que al gobierno,

⁷ En *Historia de la literatura italiana* (Ed. "Labor" - Barcelona - Buenos Aires - 1925 - Cap. IV - Pág. 81). No debe olvidarse, en la plenitud del Renacimiento, el "platonismo" de Lorenzo de Medici ni las creaciones de los escritores de su corte: Poliziano, Pulci, o, en otras, Sannazaro de Nápoles; Bojardo de Ferrara. Confr. asimismo De Sanctis *Storis della letteratura italiana* (Edic. "Fratelli Treves" - Milán - 1912 - Vol. I - Caps. IV al XII).

pero por medio de su poderoso privado el astuto e intrigante condestable don Alvaro de Luna -astucia e intriga que al fin le valieron terminar en el cadalso- se va afirmando la monarquía centralizada con una progresiva anulación de los privilegios y feudos de la alta nobleza en vías al afianzamiento de un reino integrado y fuerte, evolución que culminará con los Reyes Católicos; por otra parte, el antiguo minúsculo condado promoverá un accionar europeizante para estar cercano, más allá de sus luchas internas, con los grandes acontecimientos del siglo: Cisma de Occidente, Guerra de los Cien Años; sobrevendrá -típico rasgo de esos tiempos- un período menguado y turbulento durante los tristes veinte años (1454-1474) de Enrique IV el Impotente, época restaurada en el glorioso reinado de su hermana Isabel I.

Por su lado, la dinastía Trastámara en Aragón reanuda las victoriosas campañas por el Mediterráneo hasta que Alfonso V conquista el reino de Nápoles, mientras Fernando V, hijo de Juan II de Aragón, es nombrado rey de Sicilia, y al contraer matrimonio con Isabel de Castilla, como ya lo dijimos, en 1469, unidos ambos reinos en un gobierno solidario -1474- arranca con una sabia política de orden y administración la definitiva hegemonía europea y muy pronto continental de España.

Desde el punto de vista cultural la obra de los Reyes Católicos fue extraordinaria: acercamiento a las fuentes del renovador movimiento literario italiano; fundación de Universidades, tal la famosa y puesta al día de Alcalá de Henares, creación debida al genio del franciscano Francisco Jiménez de Cisneros, confesor, consejero de la reina Isabel, inspirador y promotor de grandes empresas de los monarcas Católicos; la llegada a la corte de ilustres pre-nacentistas de Italia: Pedro Martyr de Anglería, Lucio Marineo Sículo, Alejandro Geraldini; implantación y estimulada difusión de la imprenta; incentivación de las artes, las letras y las intrépidas navegaciones transoceánicas.

Corriendo la primera mitad del siglo, el influjo del humanismo itálico se dejó sentir fuertemente: Dante, Petrarca, Boccaccio se leen e imitan con pasión; comienzan a abundar las traducciones de obras greco-latinas: Homero - Juan de Mena, por ejemplo, llamaba a la *Iliada* "sancta a seraphica obra"-, Tucídides, Platón, Virgilio, Séneca, etc. Por ende el griego y el latín eran reverenciados como lenguas modelos y así tanto verso como prosa, en los escritores de la corte de Juan II, tienden a latinizar el castellano a costa de su estructura romance estimado como *rudo e desierto*, según lo afirmaba Mena.

Se procuraba adaptar el hipérbaton latino separando al sustantivo de su adjetivo: *pocos hallo que de las "mías" se paguen "obras"* > *a quien gusten "mis obras"* (Enrique de Villena); se recurre al participio presente en reemplazo del gerundio: *oh vos "dubitantes" creed las storias* > *oh vosotros que estáis "dudado" creed las historias* (Santillana); colocando el verbo al final de la oración: *¿Pues qué le aprovecha al triste si su amor "cumpliere" y aun el universo*

por suyo "ganare"? (Arcipreste de Talavera); el período tiende a la amplitud, la cadencia y las repeticiones: "*Como*" pues o "*por qué manera*", "*romancista*" o "*vulgares*", "*difícil inquisición*" o "*una trabajosa pesquisa*" y muchas otras en la famosa *Carta-Proemio* al condestable Pedro de Portugal del marqués de Santillana.

De idéntico modo se latiniza el vocabulario con la introducción de numerosos cultismos: *exhortar, disolver, subsidio, colegir, servir* > *conservar*, notables especialmente en el rebuscado lenguaje de Juan de Mena: *mestrua* > *mensual, fuscado* > *oscuro, ígneo, turbulento, rubicundo*, etc., muchos de los cuales han arraigado en el habla vulgar de nuestros días: *subsidio, colegir, turbulento, rubicundo*, etc.

Notable es la transición del castellano en la segunda mitad de la centuria; si bien continúa la expansión de la cultura clásica y su lengua, como en el caso de la propia reina Isabel, y a su ejemplo el de toda la nobleza, que aprenden y perfeccionan el latín bajo la dirección de Beatriz Galindo, la misma soberana encontró una fórmula, que se ha hecho célebre y fue como la norma para deslastrar toda la opulencia lingüística latinizante de la generación anterior: el *buen gusto*. Por ello la prosa se allana y agiliza en Diego de San Pedro, en la inmortal *Tragedia de Calixto y Melibea*, y la poesía lírica se va acercando a la perfección italianizante que alcanzará en los años inmediatos del Emperador Carlos V. Entre tanto, fonética y morfología se modernizan activamente; de este modo -los ejemplos podrían multiplicarse- se va generalizando la consonante inicial *f* por la *h* primero con sonido aspirado y luego reducida a simple signo ortográfico; se adapta a la forma vulgar la pronunciación cultista latina: *esento, perfeto, dino, seta*; surgen las soluciones actuales de *dexéis, tenéis, ganaréis* reemplazando las arcaicas terminaciones en *ades-edes; dejades, tenedes, ganaderes*; morfológicamente, se regulariza el uso del artículo con el posesivo: *la tu rabiosa ansia pasa*, v.gr., *a tu suavísimo amor*.

Habla popular y su literatura, ésta tan menospreciada por el aristócrata Santillana que la consideraba sólo admisible para *gente de baxa e servil condición*⁸ adquieren singular relevancia en la prosa colorida y vivísima de la mentada *Celestina* y en la divulgación del opulento *romancero* que al expandirse por todas las clases sociales altas y bajas los conquistadores del siglo XVI transplantaron y divulgaron por todos los rincones del Nuevo Mundo.

El castellano había alcanzado su unidad y se irradiaba a toda la península para tomar el rango de una lengua nacional. Los leonesismos quedaron confinados al habla rústica; el navarro-aragonés, si aún persistía en rasgos foné-

⁸ A pesar de este prejuicio, Santillana se acerca, claro que dándole un tinte aristocrático, a formas de neto sabor popular: recuérdense las deliciosas *serranillas* o sus *Cantares, decires* y *villancicos*; no menor fue su interés paremiológico en la colección: *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*.

ticos del habla, desaparecía como literatura; ganaba a Cataluña con escritores bilingües; extinguido el mozárabe y después de la conquista de Granada se extendía por todo el Al-Andaluz; finalmente, desde 1450, por influjo del Infante Don Pedro, quien lo manejó durante su expatriación en Castilla, se impone la moda castellanizante en Portugal dando lugar al uso literario de textos bilingües tan notables como los del gran comediógrafo Gil Vicente⁹.

Se había llegado a la consolidación de un idioma que muy pronto iba a ser ecuménico. Faltaba sólo sistematizarlo.

VI - Antonio de Nebrija

Antonio Martínez de Cala, su verdadero nombre, conocido como Antonio de Lebrija -ciudad de la provincia de Sevilla donde había nacido- o, también, *Nebrija*, ya que se decía en sus obras latinas el *Nebrissensis* de *Nebrissa* antigua denominación geográfica de Lebrija.

Verdadero humanista español al modo de los grandes italianos, pasó de Salamanca becado al Colegio San Clemente de Bolonia; se aplicó fervorosamente al estudio del latín, y al volver a España se le designó en la cátedra de Gramática y Retórica de la Universidad salmantina. Reformó la enseñanza de aquella lengua sobre la base del método de Lorenzo Valla, reforma que le dio celebridad, tanto que, orgulloso de la misma, escribió con su poco de exagerada vanidad: *yo fui el primero que abrí tienda de la lengua latina* -en España, y todo lo que en ella se sabe de latín ha de referirse a mí.

Conocido en toda Europa, de su inmensa obra sobre múltiples materias, típica de un polígrafo del siglo XV, deben destacarse cuatro títulos: las *Introducciones latinas*, que hubo de traducir al castellano por mandato de Isabel la Católica, obra de enorme repercusión varias veces reimpresa en Francia e Italia hasta mediados del XVI; el *Vocabulario latino-español* seguida del romance-latino que fue el repertorio lexicográfico indispensable -los Lexicones antes publicados durante el siglo XV para manejo de lenguas extranjeras eran muy precarios- hasta la aparición, en 1726, del notable *Diccionario de Autoridades* obra de la recién creada Real Academia Española.

En el *annus mirabilis* de 1492 aparece su famosa *Arte de la lengua castellana*, la primera gramática dedicada a una lengua vulgar, a un habla romance -no se habían escrito sino para las lenguas sabias hebreo, griego y latín- ya que sólo bastante más tarde aparecieron las del francés y el italiano. Nebrija, aunque apoya su gramática en el latín, distingue con suficiente rigor el genio, funcionamiento y estructura del castellano uniéndolo al análisis puramente gramatical el de la métrica y las figuras retóricas, atisbo genial de las relaciones entre

⁹ Confr. Ramón Menéndez Pidal: *La lengua de Cristóbal Colón* (Edic. Colecc. "Austral" de Espasa Calpe-Argentina - Nº 280 - Págs. 9 a 47).

lengua y literatura que hoy tanto maneja la moderna estilística. Completó esta obra con unas *Reglas de ortographía* donde más atiende al aspecto fonético que a la escritura, acaso para remediar la relativa anarquía que aún reinaba en este terreno lingüístico.

Tres son los propósitos de Nebrija al publicar este *Arte* en agosto de 1492, ya zarpadas las naves de Colón, expuestas en el *Prólogo-dedicatoria* a la reina supuesto que el Nebrissense consideraba que la lengua de Castilla había llegado al máximo de su perfección:

1º) Dar firmeza al idioma *para que lo que agora y de quien adelante en él se escribiese, pueda quedar en un tenor i estenderse por toda la duración de los tiempos que están por venir*, tal como había ocurrido con el griego y el latín;

2º) El saber la gramática romance facilitaría el estudio del latín;

3º) La intuición de ser un idioma que se extendería por el mundo. El fragmento, aunque muy conocido, merece la pena copiarse "in extenso" una vez más: *al tercer provecho de este mi trabajo puede ser aquel que, cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a su real Majestad (la reina Isabel) e me preguntó que para qué podía aprovechar el mui reverendo Obispo de Avila (era el viejo confesor de la reina Fray Hernando de Talavera) me arrebató la respuesta e fespendiendo por mí, dixo que después de vuestra Altesa metiesse debaxo de su yugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas, e con el vencimiento aquéllas ternían necesidad de recibir las leies quel vencedor pone al vencido, e con ellas nuestra lengua, entones por esta mi Arte podrán venir al conocimiento della, como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín.*

Prodigioso vaticinio cumplido. Hoy en castellano o español -ya da o mismo- coherente y firme piensan, hablan, rezan, escriben o sueñan -así comenzamos- más de cien millones de seres humanos por la mitad del haz de la tierra¹⁰.

¹⁰ Naturalmente no cabe en la extensión ni propósitos de este artículo señalar los innumerables matices, especialmente fonéticos y semánticos, que el castellano hoy muestra en regiones de la misma España y en toda Hispanoamérica desde México a la Argentina. Lo que importa es que su genio, su *arquitectura*, como hubiera dicho Benot, se ha mantenido intacto desde Nebrija hasta nuestros días.